

NOVELA - CORTA

¡BAJO LOS ARBOLES!

El idilio comenzó como todos los idilios campesinos: a la sombra de los árboles.

Era un día en que la niña cantaba golpeando la ropa en el lavadero, a la sombra del viejo saú, no lejos de la casa, cuando llegaron saltando y gritando los muchachos de la escuela, en confusa turbamulta. Como una ciegra sorpresa se refugió en el ramaje, viendo con ojos asombrados la turbulenta tropa, que de piedra en piedra saltaba el arroyo buscando hacia arriba un lugar aparente para el baño. Cuando creyó que los dos habían pasado salió de entre el monte. Sobre la piedra más alta, en mitad del río, como un cachorro de león que buscara las huellas de sus compañeros, un muchacho de los más grandes de la escuela trataba de orientarse buscando por dónde habían tomado los otros. Al sentir ruido en la orilla volvió su cabeza alta y su mirada atravesó y clavó en la niña. La lavadora avergonzada bajó los ojos. Preguntóle el niño por dónde habían seguido los otros, ella apenas acertó a extender su mano señalando con el dedo el punto deseado. Un momento la contempló al manejar después, dando un salto de gozo montó sobre la ribera opuesta y mientras su sombra se perdía en los ruidos del monte, la niña como alelada miraba con sus grandes y tiernos ojos el punto de la visión desvanecida.

Después dobló la cabeza y siguió cantando, triste, muy triste, mientras a lo lejos se escuchaban los gritos de los muchachos, mezclados a los estrépitos del torrente y a los vagos ruidos del campo traídos por la brisa estival que acariciaba los inmensos trigos y jugueteaba en los árboles de la orilla...

Cuando pocos días después, su madre le anunció que iba a llevarla al pueblo donde entraría como sirvienta a casa de las señoras L..., la niña tuvo un estremecimiento de alegría, y sin saber por qué le pasó por la mente la imagen atrevida del muchacho aquél que había visto allá sobre la piedra del río, entre las reverberaciones del sol, mientras se escuchaba lejos el estrépito del torrente, los vagos ruidos del campo traídos por la brisa estival que acariciaba los inmensos trigos y jugueteaba en los árboles de la orilla...

La segunda ausencia le fue imposible soportarla. La soledad del alma la mataba y un día desapareció de la casa y del pueblo. Iba en busca del bien amado...

En las inmediaciones de la gran ciudad halló tropas, que en una y otra dirección cruzaban el camino, y pasó medio día entre las chanzonetas de los soldados y las miradas atrevidas de los jefes.

Llegada a la capital, sola y sin conocer a nadie, se acordó de un antiguo notario de su pueblo que vivía allí, y después de mil indagaciones logró hallarlo. Por él supo que el país estaba en guerra y que el joven estudiante se había enrolado, combatiendo con otros, en un batallón que había salido a la víspera para el Toluca.

¿Qué podía detenerla en la ciudad? Nada.

Embarcada por su único pensamiento, envidiosísima en él, no tenía más que una sola idea, fija, tenaz: llegar a él, verlo, volver a gozar una vez más siquiera de sus besos y sus caricias, y morir después.

Así abstraída y silenciosa, como una visionaria que caminase con la vista fija en un punto luminoso, emprendió de nuevo su camino y llegó extenuada y rendida, al segundo día, al pueblo donde se había detenido el batallón.

Tocaban las cornetas toque de marcha y estaban las tropas formadas en la plaza. El corazón de la joven latió con violencia, no lo había visto, pero lo había presintido.

Apartando los grupos de gente que curiosamente a la tropa, llegó al centro de la plaza. Allí estaba él, jinete en brioso caballo, hermoso con su blusa militar y su ademán arrevido. La joven como fascinada con las miradas tendidas cual si caminase en la sombra al encuentro de una visión, llegó hasta el pie del caballo. El jinete volvió a mirar.

—¡Marta! exclamó él.

Un torrente de lágrimas inundó el rostro de la joven.

—¿Qué vienes a hacer?

—Vengo a verte.

—¿De dónde vienes?

—De nuestro pueblo.

—¿A dónde vas?

—A donde vaya usted.

Todo estaba dicho.

Desde entonces la joven siguió al batallón a dondequiera, en pos de las huellas del ser querido, siendo para él anipero y providencia, y se enroló en ese grupo de mujeres abnegadas y valientes que siguen a los ejércitos y va con ellos a la campaña y al combate, y son la alegría del soldado, el consuelo del herido, y a veces las únicas sepulcrosas de los muertos queridos. Los únicos labios que rezan, los únicos ojos que lloran, las únicas almas compasivas que velan a la orilla de tumbas melancólicas y solas.

En las grandes jornadas por las montañas abruptas, en las travesías por las llanuras áridas, siempre ella estaba allí, lista con el alimento consiguiente con irrisión trabajo, y con la bebida fresca cuidadosamente preparada.

Era feliz...

Cuando la luna caía sobre el campamento retirando las blancas tiendas de campaña que semejaban gigantescos conopos de nieve y en la noche silenciosa se oía el ¡quién vive! de los centinelas, era dichosa sintiendo reclinado sobre su corazón, besándole callada o conversando del pueblo y de los seres queridos hasta dormirse soñando con aquellas noches perfumadas, aquellas citas pierneras en el silencio de la nocturna huerta, a la sombra de los naranjos floridos y de los malabares entreabrados.

Tras una noche de escaramuzas y de alarmas amaneció el día de la batalla.

Las tiendas de campaña se recogieron como nubes al soplo del viento, formáronse los batallones y comenzó el combate.

Allá lejos, veíase la proyección de las trincheras enemigas, que bajando el cerro venían a formar un triángulo negro sobre la llanura verde, las tropas empezaban a coronar la altura en tanto que las otras avanzaban de frente o se internaban hacia la izquierda, por el bosque oscuro.

El batallón que seguía Marta le tocó internarse en la arboleda hasta llegar a poca distancia de las trincheras enemigas. Sorprendido en su camino se rompió el fuego por aquel lado y se generalizó el combate.

Una inmensa capa de humo envolvía toda la llanura. El ruido monótono de las ametralladoras, la fusilería continuada, el estampido del cañón, formaban un solo asordador estruendo.

Marta marchaba pie a pie, al lado su amante.

Como viento de tempestad que talara la selva caían pedazos de monte a fuerza de cañón cubrían las astillas de los árboles llevadas por las balas, caían los soldados en montón, pasaba el General en Jefe como una visión fatídica, con el corneta en brazos de su caballo, tocando a la carga... y ella no contemplaba más que las facciones del ser querido transfigurado por el coraje, como un león a vista del desierto, la mirada centellante, las fauces temblorosas, desenvainada la espada, con el sombrero atravesado por las balas, gritando con voz asordadora ¡adelante! ¡adelante!

A ella le parecía que escuchaba un himno. Nunca le había visto un bello. Lo seguía como un fantasma. Envuelto en aquel cuadro de flamas le parecía admirable. El combate había desaparecido a los ojos de la joven. No había más que él, como un arcángel indignado entre esa nube de fuego.

Por dos veces fue rechazada la compañía que mandaba él y por dos veces la volvió a mandar sobre el reducido, caminando a su cabeza.

Hubo un momento del momento, el enemigo había cesado el fuego, no se veía.

Allá al frente, como a diez metros, se veía algo más como el vértice de un ángulo. Era una trincheira, laguna abandonada. La tropa avanzó cautelosamente. Ya están cerca... Ya la asaltan... El capitán, el primero, con la bandera en la mano, dando un grito como de fuerza salvó una nube de fuego se extendió en el horizonte, como espigas tronchadas por una hoz cayeron al suelo los soldados... La emboscada venía. Cuando a Marta le pasó el deslumbramiento miró en torno suyo... Allí, al pie de la trincheira estaba él, el rostro contra el suelo, la espada en una mano y en la otra la bandera desgarrada que lo envolvía en sus pliegues. Los atrincherados no salían... Esperaban a que los contrarios que debían salir del mismo monte y caer en la misma emboscada. Marta se abalanzó al cuerpo de su amado, como una flor de jaguar que vuela de cueva a sus hijos, lo tomó en sus brazos con fuerza tendiéndolo y muriendo más que gritando se entró con él al monte y descendió hacia el arroyo.

Una vez allí, pálida, temblorosa con sus propios dientes le desgarró el dolor y la crueldad palpó la herida, se desvaneció en su sangre, pegó a ella la boca, la lavó y acercó el agua a los labios del herido. Este abrió los ojos, y al verse en brazos de Marta intentó sonreír.

—¿Vienes? alcancé a preguntar.

—No, vendieron, dijo ella con orgullo, adormecido así, con el himno de la esperanza.

Un rayo de felicidad iluminó las facciones del herido, intentó sonreír y cerró los ojos para siempre, sintiendo estremecerse su hijo bajo su cabeza en el vientre de la madre, en los labios el beso desesperado del amor y cerca el ruido embriagador del combate, semejando el fragor de una tempestad en el océano.

¡Muerde feliz!

Al caer de la tarde siguiente, el ejército vencedor abandonaba el campo de batalla.

Se oían a lo lejos los gritos de victoria, los ruidos de los cañones y el tropel de los caballos.

No se veía más humo que el de las hogueras que quemaban los últimos muertos desamparados.

En la árida llanura, poco antes poblada de ruidos, había silencio de muerte y con su ala piadosa y fría el olvido y la noche iban cubriendo el desolado campo de batalla.

A la orilla del monte, cerca de una cruz de palo atada con bejuco, posada de rodillas estaba Marta.

No lloraba, sus ojos desmesuradamente abiertos miraban el cielo, y cual si mirase en el fondo de un abismo permanecía sorda a los ruidos de la naturaleza y de la tarde.

Poco después, como una maquinalemente, se puso de pie, dió la espalda a la cruz y comenzó a andar.

Bajo el cielo livido y sobre la llanura negra avanzaba aquella mujer como un fantasma, como el último resto de un bajel naufrago en el océano, y avanzó y avanzó... hasta perderse en las lontananzas melancólicas, entre los ruidos dolientes de la noche.

Tres meses después le habían arrebatado su hijo, y se consumía en la humildad choza donde había muerto su madre, y soñadora enferma, se la veía bajar hacia el arroyo, y golpear un harapo contra el lavadero y cantar triste, muy triste, cual si viese en mitad del río, sobre la piedra más alta, dibujarse la silueta de un adolescente hermoso, mientras allá lejos se oye el ruido de los muchachos mezclados a los estrépitos del torrente y a los ruidos del campo traídos por la brisa estival, que viene acariciando los rubles triguales y murmura en los árboles de la orilla...

J. M. VARGAS VILA.

Oh infelices mujeres, siempre empujadas al malpor los hombres y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien. ¡Misericordias! hereditarias de perdón, de que sus corazones son inagotables fuentes; ¡Existencia de cristal, de las que con despotismo se apodera el hombre y que empaña con su amor, quiebra su crueldad, su abandono o su desdén.

Fernán Caballero.

Pocas mujeres, mientras se hallan en la edad de agrandar, nos agradecen la simple amistad.

Dufresne.

CORTE ESTO—VALE DINERO

Corte este anuncio, incluya 5c. y diríjalo a Foley and Co., 2835 Sheffield Ave., Chicago, Ill., escribiendo su nombre y dirección con claridad. Recibirá en cambio un paquete de prueba conteniendo el Compuesto Foley de Miel y Alquitrán para toses, resfriados y croup; Pilólos de Foley para los riñones, para dolores del costado y de la espalda; y Pastillas Purgantes de Foley, que son un buen purgante para la constipación intestinal, biliosidad, jaquecas y desórdenes de los intestinos. (Adv.)



EL "BASAMENT" CELEBRARA SU 4º Aniversario

EL VIERNES 8 DE SEPTIEMBRE.

Con una de las Ventas más grandes de la Estación, de nuevos artículos para el Otoño a precios bajísimos

Recuerde la Fecha y esté aquí temprano—EL VIERNES.

CON 16 PAGINAS MAS QUE EN LA PRIMERA, COMPRENDIENDO MUCHAS NUEVAS CANCIONES, ACABAMOS DE PUBLICAR LA SEGUNDA EDICION DE

EL RUISEÑOR MEXICANO

COLECCION DE CANCIONES POPULARES ANTIGUAS Y MODERNAS

El libro más completo y mejor en su género.—Publicado por la Casa Editorial Lozano, de San Antonio, Texas.—No lo confunda usted con otros.

He aquí la lista de las canciones que comprende la nueva edición que ofrecemos ahora al público:

Dame un Beso.—Canción Fronteriza.—La Casita.—La Espina Erial.—Mi Noche Triste.—Los Pavitos.—La Camagueyana.—Fado Português.—El Muerto Muerto.—La Copa del Olvido.—Colombiana.—Eesos Frios.—Mi Hombre Pompas.—Pompas Vaciadoras.—Canción del Soldado.—El que a Hierro Mata.—Cantares del Bajío.—El Polichinela.—El Abandonado.—Los Besos que te Di.—La Rancherita.—Sobre las Olas.—El Relicario.—Que me importa.—Serafina.—Una Lágrima de Amor.—La Morena Trinidad.—Chin Chun Chan.—Horas de Melancolía.—La Cachimba.—La Niña de los Besos.—Las Mexicanas.—Musas Latinas.—El Gondolero.—Si Tú Me amaras.—Acuérdate de Mí.—Hondamente.—Pistilos.—Astros.—La Triguera.—Lindas Mexicanas.—Marina. (Brindis).—Los Ojos que Tú Tienes.—El Pagaré.—Perjura. (Segundo Parte).—Las Golondrinas.—¡Hiera!—Alejandra.—El Desterrado.—Mala Entraña. (Serranillo).—No Sabes tú mi niñita.—La Pajarera.—El Encanto de un Vals.—El Céfero.—Aires Populares.—Cielito Lindo.—Guarda esta Flor.—Musas Mexicanas.—Ojos Tapados.—Virgen Purísima.—La Cabaña.—Lágrimas. (Colombiana).—Marina. (Coplas).—El Cípre. Mexicano.—Cielito Lindo.—Flor de Té. (Canción).—Por qué Hago?—Nicolás.—A la Orilla de un Palmar.—La Mamá Carlota.—El Mantón de Manila.—Todo neabó.—Serenata de Schubert.—Lejos de Ella. (Colombiana).—El Guitarro.—Aires Nacionales Vals.—La Paloma.—Columbia.—Musa.—Asómate a la Ventana.—Romanza.—Aires Populares.—Seguidillas.—Macetita Embalsamada.—Adios.—Agua que va Rio Abajo.—Canción de Morrongo.—Lejos de Ti.—Calla Jilguero!—Coplas.—La Norteña.—Es Por Ella.—Quise Amar.—La Barquilla (Serenata).—Qué es imposible...—Mi deseo.—Tus Ojos. (Polka).—Lágrimas de Amor.—Mi Morenita (Danza)—Guarache.—A una Mulata.—El Colibri.—Peteneras.—Lijeras.—Por ti Mujer. (M. Ponce).—El Duó de los Patos.—La Aurora de la Mañana.—A Gilda.—El Vendedor de Pajaros.—Ausencia.—Cuanto te Quiero.—Amor de Ana.—Frianerías. Nuevos Versos de Don Simón.—La Mestiza (Guaracha).—Mi Amor.—Cerca de Ti. (Mazurka).—Canción.—Tus Ojos. (Schottisch).—Valentina.—La Habanera.—La Perla. (Canción).—Plegaria.—¡Por qué me Olvidas!—La Golondrina.—A una Flor.—Quejas.—Horas de Luto.—Himno Nacional Mexicano.

El Ruseñor Mexicano, aparte de lo cuidadosamente seleccionado de sus canciones, está ilustrado con fotografías de las más populares tonadilleras y bailarinas, y contiene

Una serie de lecciones prácticas para tocar la guitarra sin necesidad de maestro.

A pesar del aumento en el número de páginas, la nueva edición de "El Ruseñor Mexicano" se venderá al mismo precio de antes: **40 CENTAVOS**

PIDASE A LA

Casa Editorial Lozano

118 N. SANTA ROSA AVE SAN ANTONIO, TEXAS.

CHARLES E. WENDEL & WENDEL
CHIROPRACTORS
314 E. COMMERCE ST. PHONE CR. 2818

ELIZABETH
314 E. COMMERCE ST. PHONE CR. 2818